
Cultura e identidad nacional

Roberto Blancarte (comp.),
Cultura e identidad Nacional,
México, FCE, 1994.

Judit Bokser Misses

La lectura del libro *Cultura e identidad nacional*, compilado por Roberto Blancarte, resulta a todas luces importante en la medida en que abre un espacio a reflexiones serias, a la vez sistemáticas e imaginativas y a relecturas y reinterpretaciones novedosas en torno a los nexos entre cultura e identidad nacional. Lo es, de igual modo, por reforzar, desde el conjunto de estudios que lo componen y a través de su diversidad y especificidad, una comprometida reivindicación de la pluralidad: lo plural como categoría y como evidencia académica, ideológica, política y filosófica. En este fin de siglo en el que estamos asistiendo a la explosión de la diversidad, al despertar de relatos sometidos, al cuestionamiento de ideologías deterministas, el reconocimiento de la pluralidad no sólo es una premisa para quien ha tomado el compromiso de estudiar tópicos que involucran a las creencias, valoraciones e identidades de grupos humanos, sino que

representa una labor pedagógica de primera magnitud para con las nuevas generaciones.

De allí, entonces, el valioso aporte de los diferentes esfuerzos disciplinarios por la construcción de nuevos contextos interpretativos de los temas que se abordan, retomando unas veces conceptos centrales, para reelaborarlos, y diseñando, otras, nuevas categorías de análisis para abordar temas que preocupan hoy a las ciencias sociales. A la luz de la trayectoria histórica y del impacto amplio y contradictorio de los encuentros y desencuentros entre Europa y las Américas Latinas —en plural, a decir de Lucien Febvre— entre culturas y cosmovisiones, resulta fundamental volver a atender el debate en torno a aquello tan natural para unos y tan complejo para otros como lo es la noción de lo “propio”. No olvidemos que en el difícil proceso que comporta todo esfuerzo que aspira a crear (descubrir-inventar) lo propio, lo esencial, lo original y, por qué no, lo único, la definición del “nosotros” llevó a cabo complejas operaciones de inclusión y exclusión y definió márgenes conceptuales y existenciales *vis a vis* los “otros”. En este sentido, unidad y homogeneidad como atributos de la identidad nacional se perfilaron como parámetros dominantes, condicionando las autopercepciones cambiantes y las adscripciones grupales. En su seno, etnicidad y religión, ser nacional y proyecto político habrían de entrecruzarse de un

modo esencial, alimentando, precisamente a través de sucesivas reformulaciones, una concepción de la identidad nacional crecientemente uniforme y unívoca para la cual las diferencias y la diversidad fueron vistas como amenazantes.

Visto desde la óptica nacional, siendo que la identidad colectiva es a la vez imaginario social y conformación de presentes institucionalizados, la trayectoria histórica de México incidió sobre las modalidades con que se desarrolló este proceso. En función de la recurrentemente anhelada y a la vez frustrada aspiración a la integración nacional —que aludía y suponía otras formas de integración de la convivencia humana, tanto socio-económicas como culturales—, la superposición de etnicidad y religión, sociedad y economía, cultura y política, habría de interactuar en los sucesivos momentos fundacionales de lo nacional. En esta línea encuentro un significativo aporte de varios de los trabajos que exploran precisamente dichos momentos fundacionales y descubren las complejas formas en que tanto la opinión pública, genéricamente asumida, así como las escuelas historiográficas, han ido tejiendo un entramado de símbolos y significados con que se construyen las identidades colectivas (*Vid.* Ana Rosa Suárez Argüello, “Una punzante visión de los Estados Unidos. La prensa mexicana después de 1947”; Juan Ortega y Medina, “Indigenismo e

hispanismo en la conciencia historiográfica mexicana”; Miguel Rodríguez, “El 12 de octubre: entre el IV y el V Centenario”).

Ciertamente la definición de la identidad nacional ha ocupado un lugar central en la trayectoria histórica y teórica de México. Ha sido vista como requisito de acción conjunta, de gestación y legitimación de proyectos, como sustrato para la construcción de consensos y como condición para alcanzar la integración nacional. Como tal, y en la medida en que toda identidad nacional está configurada por lo que un colectivo es así como por lo que desea ser, por las imágenes de lo que la sociedad ha sido conjuntadas con lo que proyecta ser, su definición ha oscilado de un modo tenso entre la recurrente necesidad de “recuperación” del pasado —objeto de reformulaciones— y la elaboración de nuevas representaciones.

En la medida que toda identidad colectiva es a la vez pasado que proporciona referentes de pertenencia e innovación que permiten ver “fuera de la ciudad social y del tiempo presente”, encuentro que acudir al pasado es una opción inteligente e informada para reflexionar sobre las tendencias hacia el futuro. De allí que no sea suficiente denunciar el carácter mítico de la supuesta unidad y homogeneidad con las que la identidad nacional ha sido definida, sino que se exige comprender el peso que esta

dimensión proyectual ha tenido sobre el imaginario colectivo junto y más allá de la diversidad y complejidad *de facto* de la sociedad nacional.

La necesidad de contar con claridad conceptual para dilucidar las complejas interacciones entre estas diferentes dimensiones ha sido atendida por el libro y queda reforzada con la incorporación del excelente trabajo de Ruggiero Romano, "Algunas consideraciones alrededor de la nación, Estado (y libertad) en Europa y América Centro-Meridional", texto que dota al lector con el necesario esclarecimiento del andamiaje conceptual convocado para atender esta cuestión —nación, Estado, país, proyecto nacional— recuperando a Bronislaw Bacsko y el papel central que juegan los imaginarios sociales en la constitución de identidades colectivas. En esta línea de pensamiento resulta fundamental recordar, con Benedict Anderson, que en la configuración de la identidad nacional se actualiza un imaginario colectivo como resultado de un complejo proceso de creación e invención cultural y no, simplemente, como producto de una fabricación arbitraria o falsa.

Encuentro, a su vez, un gran acierto de este volumen, el haber incorporado a la reflexión los recursos conceptuales, políticos e históricos con que se construyó la identidad nacional, que a la vez que reforzaron de un modo manifiesto su dimensión étnica,

implicaron de un modo latente contenidos y estructuras profundas en lo que a la dimensión religiosa compete. De este modo, junto al tradicional binomio fundacional —lo indígena y lo hispano, entendido este último, a su vez, como lo católico— varios estudios se abocan a confrontar otros polos de binomios igualmente relevantes, como lo son el panamericanismo y el protestantismo e incorporan, a su vez, nuevas experiencias de confrontación de lo nacional —tanto a nivel real como imaginario— como lo ha sido la relación con Estados Unidos. Así, liberalismo y conservadurismo, hispanismo y panamericanismo, modernidad y tradición, son pares que se entrecruzan de un modo complejo para evitar lecturas simplificadoras y visiones maniqueas. (*Vid.* Rubén Ruiz Guerra, "Panamericanismo y protestantismo: una relación ambigua"; Carlos Mondragón, "Protestantismo, panamericanismo e identidad nacional, 1920-1950"). En esta línea, el análisis de los nexos entre panamericanismo y protestantismo contribuye a comprender dos grandes procesos: uno, que una religión abre la cuestión no sólo de los elementos del propio culto, sino también de formas de pensar y de organización social, esto es, que los valores religiosos tienen que ver con una serie de premisas en torno a las interacciones simbólicas y normativas entre los

miembros de un grupo. Dos, que los nexos entre la filiación y el discurso religioso y la intencionalidad política son complejos e históricos y, por tanto, sujetos a redefiniciones y cambios.

Desde una óptica complementaria, podemos afirmar que si bien la fusión étnica y la disolución grupal fueron los elementos dominantes que condicionaron la búsqueda de la identidad nacional, la uniformidad religiosa y cultural fue igualmente determinante de la unidad como base de la nacionalidad mexicana. Mientras que en esta ecuación nacional el indígena fue el "otro" susceptible de asimilación, el extranjero no fundador de la *fusión originaria* devino en objeto de cuestionamiento en cuanto a su condición de legítimo componente de lo nacional. Entendida la identidad nacional como atributo de un sujeto más que como la articulación de diversidades, la conjunción de un nacionalismo que implicaba aserción a la vez que autodeterminación con el axioma del mestizaje como recurso de integración fijó parámetros particularmente conflictivos frente a lo extranjero.

El libro en su conjunto permite al lector entender que el proyecto de construcción de la identidad nacional, en tanto fenómeno socio-cultural colectivo, se constituye a través de diversos códigos. A través del discurso político y teórico por medio del

cual un sistema busca definirse a sí mismo y a través de los procesos de socialización y aculturación. Estos procesos son constitutivos de unidad e integración social y, por tanto, cultura y tradiciones e historia y religión son elementos fundamentales. Por ello, su lectura nos permite estar mejor equipados para comprender el pasado, así como para incidir sobre las tendencias y cambios que estamos viviendo de frente al siglo XXI en lo relativo a los límites de *un* proyecto de *una* identidad nacional unívoca. Ciertamente, estos límites se fueron dibujando a partir de las modificaciones globales, tanto económicas como sociales y culturales del país y del impacto que alcanzaron sobre la sociedad en su conjunto. Sólo a modo sumario habría que señalar las tendencias de globalización económica y las redefiniciones de los mercados mundiales, así como la influencia del propio desarrollo tecnológico; la correlación cambiante en la ecuación sociedad-Estado como referentes de identidad; el agotamiento de un discurso político nacional confrontado con el debilitamiento de su eficacia; la redefinición de los límites estatales y la nueva visibilidad social y política que han ido asumiendo diferentes sectores de la sociedad y que han implicado modificaciones en los nexos entre identidad nacional e identidades culturales, a la luz de las igualmente fundamentales alteraciones de la coincidencia en

los límites entre cultura nacional y cultura política.

Ante estas modificaciones el compromiso es grande. Implica tomar conciencia de un horizonte diverso, de la multiplicidad de sedimentos activos de las culturas que nos constituyen, de lo plurirreligioso, lo pluricultural y lo pluriétnico. Exige, además, valorar los derechos a la identidad y a la autonomía, porque sin estos derechos la racionalidad estatal se vuelca contra la ciudadanía; porque sin el derecho para ser un otro distinto, las tentaciones autoritarias emergen; porque sin reconocer al otro en su otredad la apuesta a construir el nosotros se vacía, se empobrece.

Desde esta óptica, el libro avanza en la desmitificación de terrenos que hoy se abren a la duda. Lo mexicano y sus definiciones que ayer, y frente a una notable participación de intelectuales, literatos e historiadores, estuvo en gran parte sujeto a la efectividad de la educación, los medios y las corrientes artísticas que el Estado apoyó, queda hoy, en gran medida, en manos de una ciudadanía que se asume como diversa y plural. La aparición de nuevos paradigmas de acción colectiva incide sobre la configuración de nuevas identidades colectivas. Asumir los valores de autonomía e identidad implica cuestionar, a la vez, la noción de *una* cultura política y la de *una* identidad nacional. Implica alterar el singular en

claves de pluralismo, complejidad o democratización.

Consecuentemente, el pluralismo debe ser visto como atributo de la esfera social y de la esfera política. La gestación de un proyecto plural debe ser ponderada tomando en cuenta la capacidad de transformar la heterogeneidad social —aun con toda la dosis de desigualdad que ella implica— en un pluralismo socio-étnico, religioso, cultural y político, esto es, nacional. Hasta dónde las diferencias —coincidentes con particularidades grupales— impedirán o posibilitarán el desarrollo de valores y prácticas inclusivas de pertenencia, deberá ser un interrogante central y compartido por la sociedad en su conjunto.

A su vez, y siguiendo a Roberto Blancarte, México parecería asistir desde su propia especificidad y definición compleja de modernidad a un proceso de emergencia mundial del fenómeno religioso en variadas formas contradictorias, ambivalentes y difíciles, tanto individuales como colectivas, privadas como públicas. Esta nueva visibilidad del fenómeno religioso pone en juego tanto su dimensión significativa como la de control y legitimación, a la luz de la polarización de los procesos de racionalización y de subjetivación —como dimensiones igualmente constitutivas de la modernidad— y de la creciente emergencia de la segunda ante los límites de la primera. Pone en juego, por tanto, el lugar de los diferentes

elementos constitutivos de la identidad nacional.

Consecuentemente, la preocupación por los nuevos contenidos de la identidad nacional es uno de los desafíos a los que nos enfrentamos hoy y nutre, en gran medida, la indagación conceptual del pensamiento político contemporáneo. La exploración sobre los posibles nuevos núcleos de articulación de las identidades colectivas se ha manifestado de modos diversos y a lo largo de un amplio espectro de posiciones teóricas y políticas: desde la apuesta a una identidad posnacional, formulada en clave de patriotismo constitucional y eticidad ciudadana —en la que el énfasis ha transitado del factor nacional al elemento de

civilidad— hasta la búsqueda de una “religión laica” y de una “subterránea religión ciudadana”. En este contexto, la posibilidad de construcción de un presente preñado de pluralidad cobra relevancia.

De allí la relevancia del libro *Cultura e identidad nacional* al contribuir a comprender que la cultura está integrada por diversas tradiciones y que la sociedad es más compleja y diversa que lo que el proyecto tradicional de identidad nacional estuvo dispuesto o capacitado para asumir. Desde la óptica de los nexos entre cultura e identidad, ello equivale a aportar al reconocimiento de la alteridad como un componente legítimo de lo nacional.